

ENTRE LA ALTERIDAD Y LA IDENTIDAD. EL MUNDO DE LA LANGOSTA.

María Elena de Losada*

Nos convoca el tema de la alteridad: el reconocimiento del otro. Freud (1900) nos confrontó con la existencia de nuestro mundo inconsciente, que representa justamente aquello extranjero y extraño dentro de nosotros mismos. En 1921, elaboró sus ideas acerca de la construcción de la identidad, del yo, y su relación con el grupo; teorizando acerca de la psicología de masa, en la que el yo se diluye, adhiriéndose a una identidad grupal, que borra las diferencias.

El desarrollo de una identidad personal, así como de una identidad grupal, pueden ser producto de vínculos de amor (y odio), que sirven de vehículo y estructura para el desarrollo y el devenir orgánico, de una persona y un grupo. La identidad puede servir de continente para el ser y el devenir. Sin embargo, la identidad puede también fungir de refugio, y peor aún, de prisión.

Autores como Winnicott (1965, 1971) y Bion (1962, 1963, 1970), o más recientemente Ogden (1997, 2021) y Bolognini (2010, 2022), han escrito extensamente sobre la dificultad del ser humano para conectar con la propia experiencia interna y desarrollar una identidad propia, que a su vez sea suficientemente permeable como para continuar transformándose, permitiendo un verdadero devenir y cre-ser.

Para ellos, esto solo es posible si se permite un contacto con la experiencia interna, que proviene del cuerpo, las emociones, los impulsos, el inconsciente. Sin embargo, estas voces muchas veces son silenciadas, mientras la persona se adhiere a un "deber ser", que se construye en la relación con los padres y la cultura. Las voces internas se repliegan como un otro, ajeno, extranjero, a quien no se quiere escuchar. Asimismo tampoco se querrá escuchar a ningún otro externo que amenace la identidad fija. Ésta, en su pretensión de fijeza y solidez, se mantiene amenazada de ser destruida, frente a los movimiento internos.

* Psicoanalista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP) y de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Magíster en Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Bachiller en Psicología por la PUCP. Docente del Instituto de la SPP. Directora del Servicio de Atención Psicoanalítica de la SPP.
<mariaelena.delosada@gmail.com>

Si bien la estructuración de un yo, de una identidad, “yo soy igual a esto y no a esto”, es indispensable, también es problemática. Freud desarrolló mucho de su pensamiento alrededor de los embates del yo, que constantemente se ve amenazado por varias instancias (ello, superyo, ideal del yo, realidad, cultura, otros) que lo jalonean y mueven de su lugar constantemente, que le dicen “debes ser esto”/“no debes ser esto”, “quieres esto”/“quieres lo otro”. El yo vive con angustia permanente, intentando silenciar distintas voces y aferrarse a alguna configuración que lo sostenga. Una configuración que pueda habitar, aunque muchas veces se encuentre encerrado allí.

No nos sorprende que el yo se angustie al escuchar esas voces extranjeras, tanto dentro como fuera de sí. Es así que la relación entre identidad y alteridad se vuelve retadora. En el malestar en la cultura (1920) Freud retrata “el narcisismo de las pequeñas diferencias”. Describe cómo el rechazo a lo extranjero sirve para diferenciarse y fortalecer la relación con lo propio y/o con el propio grupo. “Soy, en tanto no soy eso”. Al mismo tiempo, el otro termina siendo depositario de todas aquellas voces internas que la identidad propia (personal o del grupo) no puede o no quiere incluir.

La película “The Lobster” (La Langosta), de Yorgos Lanthimos (2015) nos presenta un mundo ficcional que no es el nuestro (¿O sí?). Es un mundo distópico, que justamente no tolera la presencia del otro; tanto el otro interno, como el otro externo. Es un mundo en que se silencian las múltiples voces del interior y del exterior.

Se nos presenta un mundo de colores neutros. No es una película en blanco y negro, que dejaría ver matices de grises. Vemos colores ‘muertos’, sin luz y sin mayor diferenciación. La música de fondo es repetitiva. La actuación de los actores transmite un elemento acartonado y rígido. El tono de voz y la forma de hablar, son tan neutrales que se sienten falsos, despojados de emoción, de particularidad. Son personajes autómatas, que siguen sin cuestionar, transmitiendo al mismo tiempo extrañeza y desazón; como si estuvieran despersonalizados, en un limbo, desconectado y ambiguo. Reconocemos en ellos una incapacidad para conectarse con el deseo propio, con los impulsos propios, con el propio inconsciente. Así se vuelve imposible concebir un devenir singular, fuera del mandato que les da la sociedad en la que viven.

En un inicio nos enteramos que el personaje principal de la historia, David, enfrenta una separación. David es parte de una sociedad que prohíbe la existencia individual sin pareja. Es así que es enviado a un centro (tipo hotel de campo) en donde obligatoriamente debe encontrar pareja en 45 días. Quien no logra encontrar pareja en ese lapso, será convertido/a en un animal (literalmente).

Uno imagina que se les envía a ese “hotel de campo” para poder conocer a un otro, del cual enamorarse. Pero con el transcurrir de la película nos damos

cuenta que estos personajes no tienen la capacidad de enamorarse; al no tener la capacidad de verse (reconocerse) a sí mismos, ni de ver a un otro. No son capaces de registrar los contenidos propios dentro de sí, ni de los otros. Parecieran ver y relacionarse solo con superficies. Las superficies excluyen matices, excluyen sorpresas, descubrimientos, ambigüedades, ambivalencias. Las superficies representan figuras cerradas, con fronteras rígidas que no conciben la entrada de nada distinto. Los personajes son registrados como: "la mujer que cojea", "la mujer a la que le sangra la nariz", "la mujer de pelo rubio", todas cualidades superficiales, que niegan la presencia de otros contenidos. Esa concepción concreta de las personas, conlleva una concepción concreta y superficial de las relaciones; es así que solo se conciben parejas entre iguales. Un chico se golpea la nariz para sangrar igual que la chica a la que quiere 'enamorar'. Otro chico actúa como si cojeara para que "la chica que cojea" pueda apreciarlo. David observa a una mujer que actúa con crueldad y él empieza a actuar con crueldad, para que ella lo pueda aceptar.

Luego nos enteramos que existen personas que no aceptan amoldarse al sistema. Personas que han escapado de éste y se han refugiado en el bosque. Estos son llamados "loners" (Solitarios).

Una de las actividades obligadas en el hotel es ir de "cacería", a disparar tranquilizantes a los llamados "loners", para luego convertirlos en animales.

Tiene sentido que el castigo sea convertir a la persona en un animal, porque eso es lo que ven. Quien no logra adherirse al guión, a la identidad y roles marcados por el grupo, es considerado como algo salvaje, amenazante, ligado a lo pulsional, a lo incivilizado y peligroso.

A quienes intentan conseguir pareja, pero no logran hacerlo en el tiempo estipulado, se les permite elegir el animal en el que se van a convertir. Al menos se les permite ejercer ese deseo singular. Aunque cuando escuchamos las discusiones sobre los animales que piensan elegir, registramos la misma superficialidad y arbitrariedad de sus existencias. David elige la langosta "porque viven 100 años, tienen sangre azul, como los aristócratas; y son fértiles toda la vida".

Los animales son descritos de la misma manera superficial y fija con que describen a las personas: el perro es fiel, el cuervo inteligente, el venado sensible. Quizás está implicado el hecho de que los animales responden a códigos genéticos que dictaminan sus vidas. En los animales salvajes hay poco lugar para la singularidad. El perro mueve la cola si está feliz, ladra si está asustado. Mariposas, ballenas y flamencos migran al momento que les toca migrar, no existe una que decida quedarse, responden a un código genético inmutable. Podríamos pensar que esta idea de emparejar a las personas, escribir el guión al que deben adaptarse, es una manera de animalizarlas y deshumanizarlas. Se les despoja de su subjetividad, de su mundo interno personal y único, de su inconsciente, vasto e

indomeñable. Eso es lo que busca todo sistema dictatorial, pero que igualmente subyace a toda organización cultural y de grupo.

Bion (1961) teoriza sobre un aparato proto-mental, sobre el que Meltzer (1978, 1986) elabora también. Bion lo conecta al funcionamiento grupal (cuando el grupo funciona como supuesto básico) y lo asocia a los procesos somáticos y a las respuestas instintivas codificadas genéticamente. Cuando el aparato para pensar emociones no se desarrolla, se mantiene en ese funcionamiento básico, y las experiencias emocionales se tratan como cosas concretas, que se buscan controlar y expulsar. Meltzer (1973, 1975) explica como desde ese tipo de funcionamiento se busca la adhesión a estructuras fijas, lo que explica los procesos de autismo y fanatismo.

Hay un momento en la película en que vemos cómo David conecta con su propia emoción y fantasía personal; liberándose del supuesto básico grupal y del sometimiento al Establishment (Bion, 1961). David conecta con su vínculo y sentimientos respecto de su hermano, que lo hacen conectar con su dolor y su rabia hacia la “mujer cruel”, que le hizo daño. En ese momento, se deja llevar por lo que siente y por su deseo de libertad. Es así que busca vengarse de la mujer y luego escapar de la prisión.

Cuando vemos a David escapar del hotel y de esa sociedad que lo busca controlar, para unirse a aquellos “otros” que también escaparon de ese sistema, creemos que se encuentra en camino hacia su libertad. Pero luego nos encontramos con la terrorífica realidad de que ese grupo de “rebeldes”, que imaginábamos como individuos libres, con derecho a la singularidad, no lo son en realidad. Ellos funcionan bajo otro mandato. Han creado otro sistema controlado y controlador, sometido por una líder, que les prohíbe formar pareja, y/o cualquier tipo de relación sexual (incluso un beso), lo cual es castigado violentamente.

Nuestro “héroe” sin embargo, David, ha logrado ir venciendo a su Goliath. Ya ha iniciado un camino de liberación, de conectarse con su deseo, con sus impulsos y emociones. Ya no se adhiere ciegamente al mandato y control grupal. A pesar de la prohibición, empieza a experimentar atracción por una mujer, siente curiosidad y deseo de conocerla. Su mente sigue siendo muy precaria, concreta, vive todavía en la superficie, y cree que para “funcionar como pareja” tiene que tener algo concreto en común, tanto él como ella son “cortos de vista”. Pero a partir de ese punto de inicio concreto, se va gestando y desarrollando un vínculo; crean un lenguaje común, que los diferencia del grupo, con el que comparten deseos y experiencias, albergan y alimentan el deseo de amarse, de relacionarse y de liberarse del grupo, para construir un camino propio.

Vemos cómo ambos sistemas totalitarios (dentro y fuera del hotel) buscan controlar el despliegue de la pulsión; rigidizan, mecanizando a través de guiones y roles establecidos, tanto el deseo y el amor, como la agresión y la violencia. Hay

un momento en la película en donde los personajes masculinos pelean físicamente. Es una pelea que da risa, torpe, absurda, son personajes que no fluyen con su propia rabia, ni con sus propios cuerpos. Son personajes que tendrían que “saber” para “ser/hacer”; así de despersonalizados se encuentran.

Cuando la líder de los “loners” descubre que esta pareja estaba ignorando el mandato del grupo, ella castiga a la mujer, haciéndola pasar por una operación que la deja ciega. Por supuesto que ello nos remite al mito de Edipo, quien se arranca los ojos al descubrir lo que ha hecho. Y es que sus actos lo confrontan con sus deseos más profundos y recónditos: el deseo sexual hacia su propia madre, el odio y rivalidad con el propio padre. Ello implica registrar y entrar en contacto con su inconsciente-salvaje, que lo separa del grupo, de la cultura, de lo civilizado.

A pesar del terrible castigo, nuestros “héroes” continúan en su intento de huir, de liberarse, de escuchar y seguir su deseo. Parten lejos a nuevos horizontes, a construir un futuro propio. Sin embargo, en pleno camino, se detienen en un café. Y vemos a David entrar a un baño, en donde planea clavarse un cuchillo en los ojos para quedarse ciego y volverse igual a ella. Es en esa indecisión, frente al espejo, que la película termina.

Vemos en toda la película una lucha interna en el personaje entre conectar con lo diferente dentro de sí y del otro, o diluirse para ser igual al grupo o al otro. Ese es quizás uno de los grandes dilemas del ser humano, el dilema entre la opción de lanzarse a la aventura de vincularse con uno mismo y con el otro, de conocer y conocerse, de ser, de amar-odiar; frente a la opción de cegarse, ocultarse y aprisionarse. Este último es el camino de Narciso, quien se mantiene en un mundo de imágenes y superficies, en donde no existe el otro, solo lo igual, que siempre implicará falsedad y asfixia.

Utilizando el modelo Bioniano (1962, 1963, 1970), podríamos decir que estos grupos y personas se “vinculan” en -K. El vínculo en K, representa el deseo de conocer, que siempre implica tolerar que hay algo y mucho, que no se conoce, algo extranjero, inaprehensible. Implica algo que no se controla, ni se posee. Igual sucede con el vínculo de amor (L) y de odio (H). Cuando están en su valencia positiva, estas tres formas de vincularse implican siempre una tolerancia y reconocimiento de la alteridad.

Michael Parsons (2000) escribe sobre la importancia de confiar en el inconsciente. ¿Cómo vincularnos con aquello extranjero dentro de nosotros y del otro, con confianza?

¿Cómo desarrollar una identidad que tenga la permeabilidad y flexibilidad para relacionarnos y dejarnos transformar orgánicamente? ¿Cómo dejar entrar las voces de los otros y de uno mismo; cómo dejarnos impactar, cuestionar e interpelar, por ellas? Sobre esto reflexiona Bolognini (2022) cuando escribe sobre

las relaciones intra e intersubjetivas. ¿Cómo no sentirnos amenazados por el y lo otro? ¿Cómo no buscar refugios cerrados para “no ser”, para “no relacionarnos”?

Tantas personas llegan a consulta con una idea de lo que deben ser, ya sea conseguir la pareja, el matrimonio, los hijos, conseguir el trabajo, el éxito, o un ideal de “madurez y satisfacción” ya armado. Muchos buscan un analista que les diga qué cosa hacer y ser. Sin embargo, el camino del análisis es el camino del devenir y el cre-ser, que necesita siempre estar alerta a los caminos y elecciones que buscan el “no ser”.

Creo importante cuestionarnos acerca de nuestra identidad analítica, de cuánto nos adherimos a corrientes teóricas y técnicas, que nos prestan guiones, que nos señalan “el qué y cómo” se debe mirar, escuchar, priorizar. En muchos casos, mantenemos las identificaciones que conforman nuestra identidad analítica, porque las valoramos y queremos preservar dentro. Podemos formar una identidad analítica que represente una estructura-vehículo que nos permita desplegar y crecer, que nos permita vincularnos profundamente con nosotros mismos y con los otros. El problema no es habitar una identidad, el problema se da cuando esa identidad se vuelve un refugio y una cárcel que destruye la alteridad y el crecimiento.

Creo que debemos tener siempre cuidado de que nuestra identidad analítica no sirva justamente para desconectarnos de nuestro inconsciente y nuestra singularidad. Lo que significaría alejarnos de nuestro vínculo con la verdad, con el otro, con nosotros mismos y con aquello vital del devenir.

La película “La Langosta” nos confronta con el riesgo de perdernos en identidades ciegas y asfixiantes; nos recuerda lo fundamental y vital de la alteridad. Un hábitat sin alteridad, es un hábitat tóxico, sin el suficiente oxígeno y temperatura que necesitamos para vivir; es el hábitat del narcisismo, que consume, sofoca y destruye, que despoja de aquello vital y único del ser humano. Solo en alteridad surge el espacio para el jugar y el crecer, para el amor, la libertad y la verdad.

Referencias

- Bion, W. R. (1961). *Experiences in groups and other papers*. Jason Aronson Inc.
- Bion, W. R. (1962). *Learning from experience*. En *Seven servants*. Jason Aronson Inc.
- Bion, W. R. (1963). *Elements of psycho-analysis*. En *Seven servants*. Jason Aronson Inc.
- Bion, W. R. (1970). *Attention and interpretation*. En *Seven servants*. Jason Aronson Inc.
- Bolognini, S. (2010). *Secret passages: The theory and technique of interpsychic relations*. Routledge.
- Bolognini, S. (2022). *Vital flows between the self and non-self: The interpsychic*. Routledge.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920). *El malestar en la cultura*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Amorrortu Editores.

- Lanthimos, Y. (Director). (2015). *The Lobster* [Película]. A24.
- Meltzer, D. (1975). Explorations in autism: A psycho-analytical study. *International Journal of Psychoanalysis*, 56, 141–206.
- Meltzer, D. (1986). The protomental apparatus and soma-psychotic phenomena. En *Studies in extended metapsychology: Clinical applications of Bion's ideas* (pp. 38-49).
- Ogden, T. H. (1997). *Reverie and interpretation: Sensing something human*. Routledge.
- Ogden, T. H. (2021). *Coming alive in the consulting room*. Routledge.
- Parsons, M. (2000). *The dove that vanishes, the dove that returns*. Routledge.
- Winnicott, D. W. (1965). The maturational processes and the facilitating environment: Studies in the theory of emotional development. *International Journal of Psychoanalysis*, 46, 1–11.
- Winnicott, D. W. (1971). *Playing and reality*. Routledge.

Resumen

Este trabajo busca reflexionar acerca de la identidad, de cómo ésta se ve amenazada al relacionarse con “el otro”. Ese “otro” dentro de uno mismo, que nos confronta desde el inconsciente, el cuerpo, las emociones; así como el “otro” del afuera. El trabajo se articula en base a la película “La Langosta” de Yorgos Lanthimos (2015), que es usada como modelo para pensar esta problemática. Se piensa acerca de la identidad como refugio, y también como prisión. Una prisión narcisística, de superficies, que no deja espacio para la alteridad (los otros internos y externos). Se plantea aquí que sólo en alteridad puede haber espacio para lo vital, para el amor, el juego y el crecer. Entre estas reflexiones, surge aquella sobre nuestra identidad analítica, y cuanto ésta nos permite conectar con la verdad de nuestros pacientes y de nosotros mismos, en una hábitat que permita la transformación y crecimiento de ambos.

Palabras clave: identidad, alteridad, grupos, transformación, devenir, La Langosta, identidad analítica

Abstract

This work seeks to reflect on identity, on how it is threatened when relating to “the other.” That “other” within oneself, which confronts us from the unconscious, the body, the emotions; as well as the “other” from the outside. The paper is articulated around Yorgos Lanthimos’s film “The Lobster” (2015), which is used as a model for thinking about the issues mentioned above. It considers identity as a refuge, and also as a prison. A narcissistic prison of surfaces, which leaves no room for otherness (internal and external). It is argued here that only in otherness can there be space for life, for love, play, and growth. Among these reflections, one emerges around our analytic identity, and how it allows us to connect with the truth in our patients and in ourselves, functioning as a habitat that allows for transformation and growth.

Key words: identity, alterity, groups, transformation, development, The Lobster, analytical identity